





# NINA Y EL MISTERIO DE SANTAPACIENCIA



Isabel Álvarez Nieto

NINA Y EL MISTERIO  
DE SANTAPACIENCIA



Primera edición: agosto 2020  
© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.  
© Isabel Álvarez Nieto

ISBN: 978-84-18366-48-2  
ISBN digital: 978-84-18366-49-9  
Depósito legal: M-19406-2020

Editorial Adarve  
c/Ros de Olano, 5  
28002 Madrid  
[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)  
[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Toni, el primer editor que creyó en mí.*



# CAPÍTULO I

## LA NUEVA



Muchas veces las cosas no son como pensábamos. Puedes estar segurísima de algo, que, cuando menos te lo esperas, se da la vuelta como un calcetín y resulta que estabas equivocada. Eso me pasó hace poco. También le pasó a Dorothy, la protagonista de *El Mago de Oz*, que busca al mago convencida de que, con sus poderes especiales, podrá ayudarla, y resulta que se trata de un impostor y que ella misma debe sacarse las castañas del fuego si quiere volver a su casa. Me gusta mucho ese libro, porque ella, con ayuda de sus amigos y sin necesidad de que la salve ningún príncipe, es capaz de conseguir su deseo.

Yo creo que es muy importante tener amigos. Con ellos te lo pasas genial, y además te entienden muy bien porque suelen gustarles las mismas cosas que a ti. A veces, haces amigos cuando menos te lo esperas, y eso también me pasó a mí.

Soy Nina, una niña normal y corriente. No soy la más lista de la clase. ¡Ya me gustaría a mí! Algunas asignaturas se me dan bastante bien, y otras tirando a regularcillo. Lo que más me cuesta son las matemáticas. A veces, cuando la profesora va a sacar a alguien a la pizarra para resolver algún problema, echa una ojeada a toda la clase en busca de «su víctima». Entonces, «casualmente», a mí se me cae el lápiz del pupitre y tengo que inclinarme para recogerlo, operación en la que me demoro un ratito, de manera que, también «casualmente», cuando me levanto ya suele haber elegido al «afortunado». Pero la última vez me pilló: estaba yo tan a gusto, agachada bajo mi mesa haciendo como que buscaba el lápiz, cuando Santapaciencia (que es el mote que le pusimos a la profe) se levantó y dijo:

—Bueno, bueno... No me había percatado de que Nina no ha venido hoy a clase. Parece ser que tendré que ponerle una falta de asistencia...

Entonces, como si tuviera un resorte, me incorporé de golpe, pero de golpe de verdad, porque me di en toda la cabeza con el borde de la mesa, y encima me tocó salir al encerado. Así que no me quedó más remedio que echar mano de mi «solución de emergencia»: resoplé mi rizo de la suerte, que es un tirabuzón que me cae por la frente y al que recurro cuando la situación se pone complicada.

Y, como casi siempre, funcionó: después de cinco o seis soplidos, fui capaz de solucionar el problema; lo malo es que ahora tendré que buscarme otro truco para que no me saquen a la pizarra.

A algunos compañeros les pasa al revés que a mí: lo que mejor se les da son las mates, y las materias que para mí son fáciles a ellos se les hacen cuesta arriba. Pero hay una niña a la que se le da bien todo. Se llama Sofía, y entró nueva este año. Ella siempre saca sobresalientes, y encima es muy guapa. Y, ¿cómo se consigue eso? Ni idea. Igual su madre es premio Nobel de Medicina y su padre de Literatura, y además son Miss y Mister Universo, y ella ha heredado todo eso.

Cuando aterrizó en clase no le caía bien a casi nadie. Decían que era una «empollona, listilla y estirada que no hablaba con nadie porque se creía superior». Yo pensaba lo mismo, porque si de los veintipico que somos, veintitantos opinaban eso, por algo sería. Así que yo tampoco la saludaba por los pasillos ni la invitaba a jugar en el patio. Solía quedarse sentada debajo de un árbol, leyendo un libro o mirando cómo jugábamos los demás.

Sorprendentemente, Gaby sí se llevaba bien con ella. Y digo sorprendentemente porque a mí me hizo la vida imposible desde Infantil hasta el curso pasado, que empezamos a entendernos. Por eso me extrañó que desde el primer día congeniaran tan bien. Gaby se sienta detrás de mí en clase, y le tocó Sofía al lado. Llegué a pensar que ella le dejaba copiar los deberes o le chivaba en los exámenes y por eso la aguantaba. ¡Pero resulta que no, que no era eso!

Una tarde, a la salida del colegio, había quedado con Gaby para ir a tirar unas canastas, como hacíamos a menudo. Al ver que tardaba en salir entré a buscarlo y me lo encontré corriendo por el pasillo, pero, al llegar a mi altura, en lugar de pararse siguió adelante, y me dijo precipitadamente que no podía venir, que iba a acompañar a Sofía hasta su casa. La verdad es que no me hizo ninguna gracia, porque yo sé que a Gaby le gusta tanto el baloncesto como a mí, así que me preguntaba cómo le habría embrujado para apartarle de ese modo de su deporte favorito.

Me fui a casa cabreada, ¡no era justo que me hubiese dejado así colgada! ¡Los amigos no hacen esas cosas!

—Hola, mamá —saludé con desgana, encestando el balón en el paragüero. Luego me dirigí a la cocina, donde la encontré poniendo agua en la jaula de Pichi, nuestro *canario desajinado*.

—Hola. ¿Qué haces aquí a estas horas?, ¿no habías quedado con Gaby? —pregunta, abriendo la puerta de la jaula.

—Ya, pero parece que él tenía mejores cosas que hacer que venir conmigo —contesto de mala gana, dejándome caer en mi banqueta preferida.

—¿Ya habéis vuelto a discutir? Creí que este año os llevabais mejor.

—No, no hemos discutido. Solo que, así sin más, ha cambiado de opinión y ha decidido que era mejor largarse con La Nueva.

—¿Y quién se supone que es esa «nueva»?

—Sofía, su compañera de pupitre. La que vimos el otro día en el supermercado.

—Ah, esa que es tan mona.

—Bueno, yo no creo que sea tan mona... —respondo molesta.

—Pero si tú misma me lo dijiste, yo solo...

—¡Vale! ¡Solo porque tenga un pelo de anuncio de champú y unos ojos increíbles y la sonrisa de una actriz de cine...! Bueno —mascullo con un pelín de envidia—, y que saque unas notazas, no quiere decir que pueda quitarme los amigos.

—Lo siento mucho, cariño —responde, dejando la jaula. Luego se sienta a mi lado, y mirándome a los ojos continúa—, aunque me pregunto si no te estarás precipitando un poco al juzgar a tus compañeros. Al fin y al cabo, no sabes bien lo que ha pasado.

Yo notaba cómo mi enfado crecía por momentos.

—Ah, ¿sí? Encima vas y la defiendes, ¡lo que me quedaba por oír!

—No estoy defendiendo a nadie, cariño. Solo digo que tal vez haya una explicación para todo esto.

Entonces, Pichi, tan oportuno como siempre, se pone a *cantichirriar* alegremente.

—¿Sabes que te digo? —respondo furiosa— ¡Que estáis todos en mi contra! ¡Y que, si en lugar de un pájaro bobo como ese tuviéramos un perro, al menos habría alguien que me comprendería y se pondría de mi parte!

Según terminé de decirlo me arrepentí de haber gritado así a mi madre. Es verdad que, aunque lo que más

deseaba en el mundo era un perro y no me dejaban tener uno, no era razón para meterme con ella de esa manera. Pero ya estaba dicho. Me levanto dispuesta a correr escaleras arriba para refugiarme en mi habitación. Entonces, mi madre me detiene.

—¡Un momento, señorita! —dice, poniéndose en pie muy seria—. En primer lugar, ya veo que estás enfadada, pero eso no te da derecho a desahogarte conmigo, y, en segundo lugar, si echas la culpa a todo el mundo de lo que te sucede, acabarás creyéndote una víctima en vez de apreciar lo que tienes, y las personas que hacen eso terminan siendo muy desgraciadas, porque prefieren meterse en su caparazón pensando que nadie las quiere cuando lo que deberían hacer es intentar arreglar las cosas. Y ahora —continúa implacable, apuntando en dirección a las escaleras—, ¡ya puedes marcharte!

Subí a mi habitación, cabizbaja. Desde luego que había tenido un mal día. Primero lo de Gaby, ahora lo de mi madre. Me puse a estudiar Lengua, pero no era capaz de concentrarme. Mamá tenía razón, me había pasado de la raya. Pero es que estaba tan rabiosa que no pude contenerme. El caso es que ya era imposible borrar lo que había dicho. Estaba hecha polvo, nosotras casi nunca discutíamos, y ahora no sabía cómo arreglar las cosas. Soplé mi rizo de la suerte unas cuantas veces, sin muchas esperanzas.

—Nina, ¿vienes a merendar? —oigo a mi madre desde la cocina al rato.

Cuando bajo no me atrevo a mirarla a los ojos.

—De mermelada de mora, como a ti te gusta —dice, ofreciéndome un plato de tostadas. Parecía que se le había pasado ya el enfado.

—Lo siento, mamá. No sé qué me pasó.

—Lo que sucedió es que perdiste el control, cariño, a todos nos sucede alguna vez, no tiene importancia —explica mientras se sirve una tostada.

—Ya, pero no vas a poder perdonarme nunca —digo, masticando arrepentida.

—¿Por qué? Ya ha pasado. Mira, es como esa mancha de mermelada que tienes en la barbilla. Te la limpio con la servilleta y desaparece, ¿ves? Solo tienes que intentar no volver a mancharte. Pues con lo otro, igual. Procura no dejarte dominar por la rabia y acuérdate de que, antes o después, las cosas siempre se solucionan; a veces con un esfuerzo personal, y otras, como por arte de magia. El caso es que al final se arreglan, ¿vale?

Yo le contesto que sí, y sellamos la paz chocando las manos a nuestra *manera—especial—madre—hija*.

Pichi chapoteaba feliz en el recipiente que mamá le había colocado en el fondo de la jaula. Era su hora del baño.

—Mientras estabas arriba —cuenta mi madre mordisqueando una tostada— estuve reflexionando sobre las cosas que dijiste antes, y he pensado que igual deberíamos meter a Pichi en la nevera.

—Pero ¿por qué, mamá? —respondo, abriendo unos ojos como platos—. Ya sé que no canta muy bien, pero tampoco hace falta matarlo de frío.

—No es por eso —contesta, entrecerrando los ojos ensimismada, como si estuviera pensando en algo muy profundo—. Es que tú dijiste antes que Pichi era un «pájaro bobo», ¿no? Y así es como se les llama a los pingüinos: pájaro bobo, o sea, que si Pichi es un pingüino, seguramente le gustaría estar más fresquito...

—¡Mamá, no empieces, por favor! —exclamo, muerta de risa.

Y es que a mi madre le encanta utilizar el sentido del humor. Dice que, si lo empleáramos más a menudo, los problemas se solucionarían mucho mejor. Y yo creo que tiene razón: es como cuando te dan un caramelo después de haber tomado un jarabe asqueroso, que se te olvida un poco el mal gusto y te quedas con el sabor dulce del final. Pues algo así.

## CAPÍTULO II

### COMO PERROS Y GATOS



Al día siguiente seguía molesta por el tema del baloncesto, y aunque mi madre había intentado quitarle importancia, a mí todavía me escocía. Mi hermano se pasó casi todo el camino al colegio hablándome de la gata de su amigo Javi. Él y Lolo son uña y carne, y siempre presume de que es su mejor amigo de toda la vida. Aunque, la verdad, eso tampoco es mucho decir, teniendo en cuenta que todavía van a Infantil. El caso es que Lolo estaba emocionado porque la gata iba a tener crías, y él quería quedarse un gatito. ¡Qué ingenuos son los pequeños! Pensar que mi madre va a dejar entrar otro animal en casa es como creer que las vacas pueden dar leche de color rosa.

—Ve olvidándote de eso, Lolo —le aconsejé—. Llevo toda la vida pidiendo que me dejen tener un perro y ha sido misión imposible, así que más vale que te hagas a la idea.

—¡Que sí, Nina! ¡Que ya verás cómo me dejan! ¿No ves que los gatos son mejores que los perros?

—¡Esta sí que es buena! —contesté, divertida—. ¿Por qué, si puede saberse?

—Pues porque sí —repuso muy seguro—, porque no ladran, ni muerden, y encima no hay que sacarles a pasear.

—Eso de que no muerden habría que verlo, pero lo que te aseguro que hacen es arañar...

—El mío no. El mío va a ser el gato más educado del mundo. Le cortaré las uñas y lo llevaré al cole en la mochila, y lo sacaré en el recreo, y compartiremos la merienda, y se sentará a mi lado en el coche, y dormirá conmigo, y...

—¿Se lo has dicho ya a mamá? —le corté. Y es que yo sabía lo que iba a pasar, y no quería que el pobre se llevase un chasco.

—Todavía no —admitió.

Pues te recomiendo que no te hagas muchas ilusiones, ¿vale? Por si acaso.

Entonces apareció Gaby. Solemos encontrárnoslo por el camino y vamos juntos hasta el colegio. Pero ese día no tenía ganas de hablar con él.

—Nina, ¿quieres que vayamos esta tarde a jugar al baloncesto? —yo hice como que no le oía. Él continuó—: han puesto canastas nuevas en la cancha y... —cuando

se dio cuenta de que no quería escucharle se irritó—, ¡no sé qué mosca te habrá picado, pero si crees que te voy a seguir la corriente estás muy equivocada!

Entonces me puse en jarras y le dije a la cara:

—A mí no me ha picado ninguna mosca, aquí el único moscardón que veo eres tú, que no dejas de revolotear todo el día alrededor de La Nueva. Pero si piensas que soy plato de segunda mesa lo tienes muy claro.

Y a él no se le ocurre más que soltarme en tono bur-lón:

—¡No me digas que ahora estás celosa...!

¡A punto estuve de estrangularlo! Pero ¿qué les pasa a los chicos? ¿De verdad se creen que son el centro del mundo?

—¡Para que lo sepas, listillo —respondí elevando el tono—, no me preocupa con quién vayas o dejes de ir! A mí también me hubiera gustado aceptar la invitación de Mónica para ir a su casa a merendar el miércoles pasado, pero ya habíamos quedado y no me pareció bien dejarte tirado, así que me quedé con las ganas y fui a jugar contigo. Pero si a ti te cuesta mantener tus compromisos y prefieres largarte por ahí con el primero que encuentras, es cosa tuya.

Se paró en medio de la acera, como reflexionando sobre lo que le había dicho.

—Nina, te equivocas. No es que quisiera ir...

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué? ¿te hipnotizó? No, déjame pensar... Es que te amordazó y te ató a su mochila, y no tuviste más remedio que seguirla, ¿verdad?

En ese momento sonó el timbre de la entrada.

—¿Sabes qué te digo? —repuso ofendido—. Que me da igual. Si es eso lo que piensas de mí, a lo mejor no deberíamos ser amigos.

Y entró en el colegio, dejándonos atrás. Lolo me tiró de la manga y comentó, un poco asustado:

—Nina, Gaby y tú sí que parecíais un perro y un gato.

Entré en clase muy satisfecha por haber soltado todo lo que pensaba. Pero pasó algo raro: según transcurría la mañana empecé a sentirme incómoda. Parecía como si se me hubiera sentado en el hombro Pepito Grillo y me hiciera reflexionar:

—Te has despachado a gusto, ¿verdad? —me decía.

—Pues sí.

—Desde luego, no te has callado nada.

—Pues no —contestaba yo por dentro.

—Porque Gaby no tenía razón...

—No, no la tenía.

—Ya. Solo que no me acuerdo bien de su explicación —decía, rascándose la cabeza con una pata.

—Es que no se explicó.

Estaba empezando a mosquearme un poco.

—¿Ni siquiera lo intentó? —ahora se frotaba las alas delanteras emitiendo un *cri-cri* que, al parecer, solo yo oía.

—Bueno... —reconocí de mala gana—. No le dejé hablar mucho.

—Ya... —ese «ya» me sonó a «eso no ha sido muy inteligente».

—Pero seguro que no tenía ninguna explicación decente —me defendí.

—Hombre, si le hubieras dado alguna oportunidad, quizás os habríais entendido.

¡Maldito grillo! Me estaba dando la mañanita.

—No creo que hubiera mucho que entender.

—Ya. Y enfadándote así conseguiste solucionar el problema —hizo una pausa en la que solo se oía su *cri-cri*, que sonaba dentro de mi cabeza como el tic-tac de una bomba de relojería—. Porque era eso lo que querías, arreglar las cosas, ¿verdad?

Entonces empecé a sentirme un poco mal, porque me di cuenta de que lo único que había conseguido era desahogar mi enfado con Gaby. Y ya sé que parece increíble, pero en la cara del *grillito de las narices* empezaron a dibujarse los rasgos de mi madre, que decía: «No habrás vuelto a perder el control, cariño, ¿verdad?»

—Nina, ¿otra vez pensando en las moscas?

—No, en los grillos —contesté como un autómatas, sin darme cuenta de que era Santapaciencia, mi profesora, la que me estaba hablando. Oí cómo todos se reían, y entonces reaccioné y comprendí que me acababa de meter en un lío.

—¡Santa paciencia! —susurró, mirando al techo. Y, cruzándose de brazos, me dirigió una mirada poco prometedora—. ¿Cómo dices?

—Lo siento —balbuceé—. Es que, es que... estaba distraída.

—No, si eso ya lo veo.

Convencida de que me iba a caer un buen castigo, me disponía a soplar mi rizo de la suerte, pero, ¿te suena la expresión de «salvados por la campana»? Pues eso fue lo que sucedió. Sonó el timbre del cambio de clases, y todo el mundo se puso de pie, apresurándose para salir, porque tocaba Educación Física. Así que se dirigió a su mesa a recoger sus papeles y, sorprendentemente, se olvidó de mí. ¡Qué raro!

Empezamos a hacer calentamiento corriendo en círculo por el patio. Yo intentaba alcanzar a Gaby para reconocer que me había pasado, pero cada vez que me ponía a su altura, él apretaba el paso y se separaba de mí. Lo único que conseguí fue acabar con la lengua fuera. Al parecer, no iba a ser tarea fácil. Estaba inclinada, con las manos sobre las rodillas, tratando de recobrar el aliento cuando oí a alguien que me decía:

—Llevas un chándal muy chulo.

Levanté la cabeza, y me sorprendió comprobar que era Sofía la que me hablaba.

—Hoy te toca el verde, ¿verdad?

—¿Por qué lo sabes?, ¿te lo ha contado Gaby? —respondí, recelosa.

—No

¡Bueno! A ver si además de lista y guapa ahora resultaba que era adivina. O espía, cualquiera sabe.

—Entonces, ¿quién te lo dijo?

—Nadie. Solo que me he fijado en que todos los miércoles usas ese chándal amarillo, y el amarillo es mi color favorito. Y después me di cuenta de que los jueves

llevas uno verde, y que los lunes traes unos pantalones o una cazadora roja.

Me quedé mirándola, intentando descubrir si me estaba tomando el pelo.

—Lo siento si te he molestado —dijo, poniéndose colorada—. Igual estoy equivocada. Es que, como no juego demasiado —se disculpó— paso mucho tiempo observando a la gente...

—¡Puede que si te relacionaras más con el resto de la clase te resultara más fácil jugar! —le solté yo.

—Ya, pero es que me da un poco de corte... —cada vez se sonrojaba más—. Siempre me ha costado hablar con desconocidos. Bueno, me marchó —dijo, con la cabeza gacha.

Me di cuenta de que la estaba haciendo sentirse incómoda, cuando ella solo intentaba ser amable conmigo.

—No, espera —quise explicarme—. Lo de los colores...

El silbato del profesor sonó para hacernos callar. Terminó la clase y fuimos a cambiarnos de calzado. Me acerqué a Sofía:

—Llevo todo el rato pensando una cosa: si te cuesta tanto hablar con la gente, ¿por qué te paraste a charlar conmigo?

Sonrió tímidamente al contestar:

—Es que me pareces simpática, y también porque me picaba la curiosidad por lo de la ropa.

Me hizo gracia haberle caído bien. ¡Yo que pensaba que era una estirada, y lo único que le pasaba era que sufría un caso de «timiditis aguda»!

—¿Lo de los colores? Es verdad —admití—. Eres muy observadora: cada día de la semana me pongo alguna prenda de los colores del arcoíris, me da suerte. El lunes llevo algo rojo, el martes naranja, hoy toca amarillo, el jueves verde, y así hasta el domingo, que voy con algo morado.

—¿Y siempre tienes ropa de esos colores? —preguntó, asombrada.

—Bueno, no siempre. Pero eso se arregla fácil con calcetines y diademas para casos de apuro.

—¡Ja, ja, ja! Eso está bien pensado.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Yo también tengo una especie de manía —confesó.

—¿También tú? Y, ¿cuál es?

Después de dudar un momento, respondió:

—Todos los días, cuando vuelvo a casa, me limpio cuatro veces los pies en el felpudo y toco al timbre también cuatro veces.

—¿Por qué cuatro?

—No sé, porque me gusta ese número, supongo —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Y no se te olvida nunca?

—Casi nunca. Pero... ya que lo dices, ayer no pude hacerlo.

—¿Por qué? ¿Te quitaron el felpudo o se fue la luz?

—No, no fue por eso. Es que ayer por la tarde no me encontraba bien y Gaby me acompañó a casa, y fue él quien llamó al timbre.

Me quedé de piedra. ¡Eso explicaba el plantón de Gaby! Otra vez había metido la pata hasta el fondo, y ahora me iba a tocar sacarla. Sofía debió de notar algo.



—Estáis enfadados, ¿verdad?

—¿Quién te lo contó? —respondí, a la defensiva.

—Nadie. Os vi discutir a la entrada.

—Ya —dije desanimada—. Fue culpa mía.

—Seguro que es solo un malentendido. Pronto lo arreglaréis. Él siempre habla muy bien de ti.

Metimos las zapatillas de deporte en el zapatero.

—No sé. Es curioso cómo con unas pocas palabras se puede estropear una amistad —reflexioné yo.

A la salida me esperaba mi hermano. Normalmente lo recoge mi padre y van a hacer las compras y a jugar un rato al parque. Pero aquella tarde papá tenía trabajo, y Lolo volvía conmigo a casa. Yo iba pensativa, recordando lo agradable que había sido hablar con Sofía y lo incómodo que era estar enfadada con Gaby. Mi hermano parloteaba todo el rato, contándome no sé qué.

—Además, Nina —le oí decir—, los gatos son los animales más listos...

—No, Lolo —repuse suspirando—. Los grillos son más listos todavía.

